

»á Mad. Isabel, princesa palatina, me parece una
 »de aquellas á que con más razón debo contes-
 »tar, después de los escritos que he publicado.
 »Porque, añade, habiendo dos cosas en el alma
 »humana, de las cuales depende todo el conoci-
 »miento que podemos tener de su naturaleza,
 »de las que una es, que aquélla piensa; y otra,
 »que estando unida al cuerpo, puede obrar
 »y sufrir con él; no he dicho casi nada de
 »esta última; y solamente me he ocupado en
 »exponer la primera, á causa de que mi objeto
 »principal era demostrar la distinción que hay
 »entre el alma y el cuerpo; para lo cual ésta
 »únicamente ha podido servir, y la segunda hu-
 »biera sido perjudicial al fin que me proponía.»

Descartes reconoce aquí explícitamente que no ha tenido en cuenta más que un aspecto solo de la psicología; convirtiendo así en psicología la antropología; y este es el vicio esencial de su método.

Él, en efecto, ha acentuado la distinción del alma y el cuerpo hasta establecer oposición entre los dos; ha relegado el alma á una porción mínima de la substancia cerebral, limitándose á ponerla allí en relación con los espíritus anima-

tiría dolor, no siendo yo más que un sér pensante, sino que me daría cuenta de la quemadura por el entendimiento únicamente, como un piloto percibe por la vista si se rompe algo en su nave; y cuando mi cuerpo tiene necesidad de beber ó de comer, conocería yo simplemente esto, pero sin ser advertido de ello por los sentimientos confusos de hambre y de sed; porque en realidad, todos estos sentimientos de hambre, sed, dolor, etc., no son otra cosa que ciertas maneras confusas de pensar, que provienen y dependen de la unión, y como de la mezcla del espíritu con el cuerpo.»—Med. 6.^a

les, para recibir por intermedio de ellos informaciones sobre lo que pasa en el cuerpo, y transmitir por su conducto las órdenes á los nervios y músculos, y dirigir así los movimientos del cuerpo. Pero cuanto más afirma la oposición entre el alma y el cuerpo, tanto más aleja la posibilidad natural de su unión.

Y de esta unión, precisamente, del alma con el cuerpo, es de lo que la princesa palatina pide con insistencia una explicación á su eminente interlocutor.

«Vuesta alteza ve tan claro, le escribe Descartes, que no se le pueden ocultar ni disimular las dificultades; por eso procuraré explicar aquí la manera, cómo yo concibo la unión del alma con el cuerpo, y cómo el alma tiene el poder de mover al cuerpo.»

La explicación que da Descartes puede resumirse en lo siguiente: Todos nuestros conocimientos derivan de ciertas nociones primitivas, que la naturaleza nos ha dado para conocer las cosas. Estas nociones primitivas son verídicas, y jamás pueden engañarnos: y cuando nos engañan, es porque no las distinguimos, ó las aplicamos á cosas á que no pertenecen. ¿Queremos, según esto, formarnos una idea exacta de la unión del alma con el cuerpo? Nos es preciso buscar cuál es la noción primitiva que poseemos sobre «el cuerpo y el alma juntamente.»

Hay en nosotros, según Descartes, categorías diversas de nociones primitivas; algunas son generales, y convienen á todas las cosas,

tales son, por ejemplo, las ideas de ser, de número, de tiempo; tenemos para el cuerpo en particular la noción de extensión, y para el alma sola la del pensamiento; y para el alma y cuerpo juntos no tenemos otra que la de su unión, de la cual depende la noción de la fuerza que el alma posee de mover el cuerpo, y el cuerpo de obrar sobre el alma.

Pero ¿y cómo se revelan á la conciencia estas nociones de la unión del alma y del cuerpo, de la fuerza por la cual el alma obra sobre el cuerpo, y el cuerpo sobre el alma?

Tenemos el hábito adquirido de atribuir á cualidades que concebimos como reales, la gravedad y el calor por ejemplo, el poder de obrar sobre nosotros. Cuando nos representamos la gravedad como una fuerza capaz de mover los cuerpos hacia el centro de la tierra, no encontramos dificultad alguna en concebir cómo esta fuerza mueve los cuerpos, ni cómo está unida á ellos, y no pensamos que eso consista en la atracción ó unión real de una superficie á otra. No es, pues, á la gravedad á quien se aplica la idea de semejante acción; porque la gravedad, según lo muestra la física, no es una cualidad realmente distinta de los cuerpos.

Por consiguiente, esta noción particular nos ha sido dada por el autor de la naturaleza, para concebir la manera cómo el alma mueve al cuerpo, y por lo tanto, esta noción nos da la solución del problema antropológico de la unión de ambos.

Parécenos que el lenguaje de Descartes no tiene aquí su claridad habitual. Por eso pondremos á la vista del lector el pasaje entero, bien que un poco largo, cuyo pensamiento hemos tratado de reproducir.

«En primer lugar, dice, considero que hay
 »en nosotros ciertas nociones primitivas, que son
 »como los originales, sobre cuyo patrón formamos todos los demás conocimientos; de éstas
 »hay muy pocas nociones; porque después de
 »las más generales de ser, número, tiempo, que
 »convienen á todo lo que podemos concebir, no
 »tenemos para el cuerpo en particular más que
 »la noción de extensión, de la cual derivan las de
 »figura y movimiento; y para el alma sola no
 »tenemos otra que la noción del pensamiento, en
 »la cual se comprenden las percepciones del entendimiento y las inclinaciones de la voluntad;
 »finalmente, para el alma y el cuerpo unidos,
 »no tenemos otra que la de su unión, de la cual
 »depende la de la fuerza con que el alma mueve
 »el cuerpo, y el cuerpo obra sobre el alma, causando en ella sus sentimientos y sus pasiones.
 »Creo también que toda la ciencia de los hombres no consiste más que en distinguir bien estas
 »nociones, y en no atribuir cada una de éstas
 »sino es á las cosas á que pertenecen. Porque en
 »el momento en que nos proponemos explicar
 »alguna dificultad por medio de una noción que
 »no les pertenece, infaliblemente nos engañamos; lo cual sucede también cuando intentamos
 »explicar cualquiera de estas nociones por otra;

»y la razón es, que siendo primitivas, cada una
 »de ellas sólo puede ser entendida y explicada
 »por sí misma. Y por lo mismo que el uso de los
 »sentidos nos ha hecho más familiares que las de-
 »más, las nociones de extensión, figuras y movi-
 »mientos, la causa principal de nuestros errores
 »está en que queremos ordinariamente servirnos
 »de estas nociones para explicar las cosas á que
 »no pertenecen; como cuando por medio de la
 »imaginación se intenta concebir la naturaleza
 »del alma, ó bien cuando se quiere concebir la
 »manera con que el alma mueve al cuerpo, por
 »el modo con que un cuerpo es movido por otro.
 »Por esto, ya que en las meditaciones que Vues-
 »tra Alteza ha tenido á bien leer, he tratado de
 »hacer concebir las nociones que pertenecen al
 »alma sola, distinguiéndolas de las que corres-
 »ponden al cuerpo solo, la primera cosa que
 »ahora debo explicar es la manera de concebir
 »aquellas que pertenecen á la unión del alma con
 »el cuerpo, prescindiendo de las que son propias
 »del alma sola ó del cuerpo solo. A este fin, me
 »parece que puede servir lo que escribí en la
 »conclusión de mi respuesta á las seis objecio-
 »nes; porque no podemos buscar estas nociones
 »fuera de nuestra alma, que las tiene en sí todas
 »por su naturaleza, pero que no siempre las dis-
 »tingue bien unas de otras, ó no las atribuye á
 »objetos á que debe atribuirlos. Así creo yo que
 »antes hemos confundido la noción de la fuerza
 »con que el alma obra sobre el cuerpo, con la de
 »un cuerpo actuando en otro; y que hemos atri-

»buído una y otra, no al alma, que aún no co-
 »nocíamos, sino á las distintas cualidades de los
 »cuerpos, como la gravedad, el calor y otras se-
 »mejantes, concebidas como reales, esto es, con
 »una existencia distinta de la del cuerpo, y por
 »tanto, como substancias, no obstante que las
 »llamemos cualidades. Y para concebirlas nos
 »hemos servido de nociones que están en nos-
 »otros, ya para conocer los cuerpos, ó para co-
 »nocer el alma, según que ha sido material ó
 »inmaterial lo que les hemos atribuido. Supo-
 »niendo, por ejemplo, que la gravedad es una
 »cualidad real, de la que no tenemos más co-
 »nocimiento, sino que tiene el poder de mover
 »los cuerpos, donde reside, hacia el centro de la
 »tierra, no hay dificultad ninguna en concebir
 »cómo mueve el cuerpo, ni cómo se le une; y no
 »se nos ocurre pensar que esto suceda por la
 »atracción ó contacto real de una superficie con
 »otra, porque experimentamos dentro de nos-
 »otros mismos que poseemos una noción particu-
 »lar para concebirlo; y creo que usamos mal de
 »esta noción cuando la aplicamos á la grave-
 »dad, que no es nada realmente distinto del
 »cuerpo, como espero demostrarlo en la física,
 »pero que nos ha sido dada para concebir la
 »manera cómo el alma mueve al cuerpo» (1).

Descartes termina su explicación por estas
 palabras: «Sería demasiado presuntuoso si me

(1) *Lettres de M. Descartes*, t. I, carta 29. Edic. Cousin, 1825, t. IX,
 p. 125 y sig.

atreviera á creer que mi respuesta ha de satisfacer plenamente á Vuestra Alteza.» Y en efecto, Su Alteza replica que no queda satisfecha, y le pide aclaraciones sobre dos puntos: primeramente, sobre la distinción de las tres clases de ideas primitivas, que han de servir respectivamente para conocer el alma, el cuerpo y la unión de los dos; y en segundo lugar, sobre el empleo de la comparación de la gravedad, para hacer concebir mejor la acción del alma sobre el cuerpo.

En cuanto al primer punto, Descartes responde que él «advierde una gran diferencia entre estas tres clases de nociones: en que el alma no se concibe más que por el entendimiento puro; los cuerpos, es decir, la extensión, las formas y los movimientos pueden conocerse también por el entendimiento solo, pero mucho mejor por el entendimiento ayudado de la imaginación; y por último, lo que pertenece á la unión del alma y del cuerpo no se conoce más que confusamente por el entendimiento solo, ó ayudado de la imaginación; pero es muy claramente conocido por los sentidos; de donde proviene que aquellos que nunca filosofan, y que no se sirven más que de sus sentidos, no dudan que el alma mueve al cuerpo, y que éste obra sobre el alma, y hasta consideran uno y otro como una sola cosa, es decir, que conciben su unión; porque concebir la unión entre dos cosas es concebirlas como una sola. Los pensamientos metafísicos, que ejercitan el entendimiento puro, sir-

ven para hacernos familiar la noción del alma; y el estudio de las matemáticas, que ejercita principalmente la imaginación, considerando en ellas las formas y los movimientos, nos acostumbra á nociones de los cuerpos bien distintas. Y por último, en la vida y conversaciones ordinarias, y absteniéndose de meditar y de estudiar las cosas que ejercitan la imaginación, es donde se aprende á concebir la unión del alma y del cuerpo.»

Sin embargo, el filósofo añade ingenuamente que la unión del alma y del cuerpo es en el fondo inconcebible; lo cual reduce á la nada las precedentes tentativas de explicación. «No creo, dice, que el espíritu humano sea capaz de concebir distintamente, y al mismo tiempo, la distinción entre el alma y el cuerpo, y su unión; porque para esto es necesario concebirlas como una sola cosa, y á la vez como dos, lo cual es contradictorio.»

La explicación de Descartes sobre el segundo punto es tal, que llega hasta atribuir al espíritu cierta extensión, con lo cual materializa el alma, y contradice las tesis fundamentales de su psicología, afirmadas hasta aquí sobre la incompatibilidad del pensamiento y de la extensión, del espíritu y de la materia.

«Puesto que Vuestra Alteza advierde, concluye Descartes, que es más fácil atribuir al alma materia y extensión, que capacidad para mover un cuerpo, y para ser movida sin tener materia, le suplico que puede libremente atribuir

esta materia y esta extensión al alma, lo cual no es otra cosa que concebirla unida al cuerpo; y después de concebido esto, y de haberlo observado en sí misma, le será fácil considerar que la materia atribuida á este pensamiento, no es el pensamiento mismo, y que la extensión de esta materia es de otra naturaleza que la extensión del pensamiento; porque la primera dice relación á cierto lugar, del cual excluye toda extensión de cualquier otro cuerpo, lo cual no ocurre en la segunda; y así Vuestra Alteza no dejará de venir sin dificultad á la distinción del alma y del cuerpo, no obstante haber concebido su unión» (1).

Descartes rehúye la cuestión principal, excusándose con la obligación de ir á Utrecht, á donde es llamado por el Magistrado á fin de explicarse sobre «lo que ha escrito de uno de sus Ministros;» «esto, dice, me obliga á terminar aquí, para ir á consultar los medios de librarme lo más pronto posible de estos enredos.»

El problema psicológico queda, pues, sin solución. Los vanos esfuerzos intentados por Descartes para resolverle, no han conducido más que á poner en claro su insolubilidad. Este problema es insoluble porque está mal puesto. El hombre no es una amalgama de dos substancias: el alma pensante y el cuerpo extenso; sino que forma *una sola substancia compuesta*.

(1) *Lettres de M. Descartes*. t. I, carta 39. Edic. Cousin, t. IX, p. 127.

CAPÍTULO II

La evolución de la psicología cartesiana.

Hemos visto á la psicología cartesiana terminar en un conflicto insoluble. Este conflicto debía surgir por la fuerza de las ideas, de la oposición creada entre el alma, substancia inextensa, hecha exclusivamente para pensar, y el cuerpo, substancia extensa y dotado exclusivamente de movimientos mecánicos.

Veamos ahora cómo se continúan en direcciones distintas, á través de los siglos XVII y XVIII, el *espiritualismo exclusivista* y el *mecanicismo* del gran innovador francés, hasta el día en que convergen las diversas corrientes, y por su fusión dan nacimiento á la psicología contemporánea.

La corriente salida del *espiritualismo* cartesiano se bifurcará en su origen y producirá, de una parte, el ocasionalismo, el ontologismo de Malebranche y el *panteísmo* de Spinoza; y de otra parte el *idealismo*.

La corriente *mecanicista* se ampliará bajo la